



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

DEDICATORIA

Al Excmo. Sr. Conde de Romanones.

Según parece, mi querido e ilustre amigo, en Madrid no es ahora posible amar a Francia sin encontrar todo lo alemán despreciable, ni admirar a Alemania sin aborrecer a Francia. Por fortuna, yo vivo en París, y aunque adoro a este pueblo no sólo en sus virtudes, sino hasta en sus defectos, puedo siempre, siguiendo el ejemplo de muchos franceses, conservar en el fondo del alma mi justo respeto por todo lo que es el genio alemán, el esfuerzo alemán, el pensamiento alemán. «¡Pobre grande Alemania enamorada de la Justicia y del Estudio!», decía poco ha Romain Roland. A esa Alemania, que no tiene la culpa del incendio de Lovaina y de Reims, a la Alemania de Goethe, de Leibnitz, de Novalis, de Wagner, de Nietzsche, de los filósofos, de los poetas, de los sabios, de los inventores, de los obreros, ¿cómo no hemos de

admirarla? Pero existe otra Alemania feudal y mística, que sólo se complace en su fuerza y que sólo sueña en hacer conquistas, ante la cual no podemos inclinarnos los que amamos la Democracia, el Derecho y el Arte sobre todas las cosas.

Si algo hay de antigermánico en estas crónicas, acháquelo usted a la poca simpatía que esta segunda Alemania nos inspira.

Mas, en realidad, creo que no encontrará usted una sola palabra de odio ni de desprecio en las páginas que hoy le ofrezco como un homenaje.

No.

Ante la lucha que presenciamos, los sentimientos que dominan mi alma son la tristeza, la angustia y la inquietud. ¿Cómo ver sin pena, en efecto, una pelea en la cual están empeñados los pueblos que encarnan la más alta civilización del Universo?... ¿Cómo no llorar contemplando el furor con que los hombres destruyen en un día las riquezas acumuladas a fuerza de sacrificios sagrados por muchas generaciones?... A veces, al pensar en tanto horror, se me figura que nada de lo que pasa es real, que todo es un sueño, una pesadilla.

Lo único que me consuela en este general desencadenamiento de pasiones violentas en que el hombre se revela con su faz primitiva y terrible de

lobo del hombre, es ver que la gran Francia en la cual los latinos hemos puesto nuestra esperanza de existencia y de persistencia moral, aparece, cuando tantos profetas anunciaban su ruina próxima, más noblemente erguida que nunca. «Paréceme — dice Gabriel d'Annunzio — en este país de mártires y de reyes, que todas sus líneas tienen una suprema expresión viril.» Y agrega: «Entonces pienso con piedad en mi pobre Italia y en sus grandes épocas, cuando la armonía entre su substancia y su genitura aparecía maravillosamente plena, de suerte que sus virtudes naturales y las obras vivas de sus hijos se equilibraban en un equilibrio casi divino.»

Yo también pienso en España, ante el espectáculo que hoy veo. Y a pesar de los horrores que me acongojan, lejos de celebrar su alejamiento del campo de la lucha, lo considero con una piedad y con una melancolía inmensas. — «Estos países que se sacrifican — me digo — tienen un ideal que ponen por encima de su bienestar, de su riqueza, de su existencia misma.» Luego vuelvo los ojos hacia los Pirineos, y me pregunto: «¿Cuál es el sentimiento que podría producir, entre españoles, un milagro de unión y de sacrificio igual al que hoy realizan Francia o Alemania?»...

La guerra es horrible, sin duda; la guerra es bár-

bara, la guerra es salvaje... Pero el sentimiento que lleva a los hombres a la guerra es sublime, porque es el único que borra de los corazones toda mancha de egoísmo.

Bien sé que en España hay algunos idealistas — entre los cuales se le pone a usted — que desearían ver salir al país de su neutralidad. ¡Neutralidad!... Lo que hay no es eso, sino indiferencia. «Pase lo que pase y venza quien venza — piensan todos —, nosotros lo mismo hemos de quedar.» Cierto, muy cierto. Y lo peor es que no se ve qué sentimiento, qué deseo, qué «ideal», en suma, sería capaz de sacudir al país para devolverle su antigua alma apasionada y ávida de engrandecimiento.

¡Ah! Sin duda, hay que tener lástima de Alemania, de Austria, de Francia y de Bélgica, por lo que sufren, por lo que han de sufrir aún. Pero no sé si todavía son más de compadecer las naciones que ni siquiera sufren, que ni siquiera quieren sufrir. Gabriel d'Annunzio desea ver a Italia lanzarse a la lucha. Yo, por mi parte, lo que querría es ver a España en paz, siempre en paz, mas también siempre dispuesta, por un ideal, por una quimera, a sacrificarse como antaño. Ser la patria de Don Quijote y sentir a lo Sancho, es el más triste de los absurdos.

Usted que sabe que hay «neutralidades que matan», usted que cree en los ideales, usted que ama a España como los viejos florentinos amaban a su patria, debe, sin duda, sentir mucho de lo que yo siento. ¡Feliz usted que puede tener la esperanza de contribuir a hacer florecer en un gran pueblo algo de su gran alma antigua!

Suyo amigo y admirador,

q. b. s. m.,
Gómez Carrillo.

París, 5 de noviembre de 1914.

INTRODUCCIÓN

El carácter de la guerra moderna.

Casi no me atrevo a decir que la guerra comienza a aburrirnos. Y, sin embargo, es verdad que nos aburre. Llevamos tres meses y tres días contemplando la lucha titánica de seis pueblos, y aún no hemos encontrado en la crónica de los combates una sola página que nos apasione como nos apasionan los relatos de otras épocas. Muy al principio, allá por la segunda semana de agosto, tuvimos un instante la visión rápida de algo que se parecía a las aventuras de antaño. La caballería francesa, mandada por un soldado de África, atravesó al galope los campos de Alsacia y se apoderó, una mañana, de Milhusa. Las muchachas de las amplias tocas de luto salieron al camino para coronar de rosas y de sonrisas a los héroes libertadores. Las viejas cigüeñas, que no habían oído la voz del cañón desde hacía medio siglo, abandonaron sus campanarios para celebrar en amplios vuelos la nueva era. Pero pasaron algunas noches: los franceses tuvieron que evacuar la ciudad; el general que los mandaba fué censurado por su precipitación; los grandes ejércitos se formaron en sus líneas de batalla; la verdadera campaña comenzó... Y desde entonces no

volvimos a oír hablar ni de cabalgatas épicas, ni de sorpresas brillantes, ni de hazañas románticas. En su sed de anécdotas pintorescas, los belgas descubrieron a un lancero de Lieja que todas las tardes salía solo por los llanos para volver con unas cuantas cabezas de ulanos, y los rusos por su parte inventaron a un cosaco que, sin ayuda de nadie, vencía escuadrones prusianos. Aquello es demasiado lejano y demasiado fantástico. La vista del mundo está ahora puesta en las comarcas donde un millón de alemanes combate contra un millón de franceses. ¡Ah!, sin duda, como dice el académico Albert de Mun, «no hay en la Historia espectáculo más formidable que el de estas dos razas que pelean, llevando en el alma el sentimiento profundo de que sus actos preparan el sentimiento del Universo». Sí, sin duda. Ideológicamente, no hay ni ha habido guerra que más preocupaciones deba inspirar a los hombres de todos los pueblos. No sólo son dos razas, son dos ideales los que ahora se hallan frente a frente. Del resultado de la lucha saldrá algo más que una nueva Francia o una nueva Alemania. Saldrá un mundo nuevo, una vida nueva, hasta un alma nueva para la Humanidad. ¿Qué se han hecho Alsacia y Lorena en esta tempestad? Todo el pensamiento futuro está en germen en los triunfos de los aliados contra el feudalismo germánico.

Pero lo cierto es que estos pensamientos no bastan para dar interés a la guerra. Nuestro fondo novelesco nos obliga a buscar en las convulsiones de los pueblos algo que no es filosofía, sino poesía; algo que es acción, que es espectáculo, que es sentimiento y que es, también, «cuadro». Evocad, en efecto, un campo de batalla antiguo, y en el acto aparecerá ante vuestra vista el cuadro, con todos sus detalles pintorescos. Decid Pavía,

y veréis el delicioso paisaje milanés comprendido entre Lodi que ocupa el duque de Pescara y la fortaleza que Antonio de Leiva defiende. Decid Fontenoy, y descubriréis la planicie del Escalda, con las arboledas de Bary que le sirven de barrera. Decid Waterloo, en fin, Waterloo, Waterloo, *morne plaine*, y abarcaréis en seguida la llanura flamenca, con su águila herida en el centro. ¡Pero decid l'Aisnel... Aquí tengo, en el último número de *L'Illustration*, la vista de los terrenos en que esta batalla se desarrolla desde hace veinte días. Por el Oriente, comienza en la frontera alemana, al pie de Pont-à-Mousson, y por el Occidente llega a Ipres, en tierra de Bélgica. Es todo el norte de Francia el que sirve de teatro al drama. En su radio de 450 kilómetros, se encuentran veinte ríos, veinte montañas, veinte ciudades. ¿Cómo queréis, pues, que nos formemos una idea gráfica, que nos «compongamos un cuadro», para hablar cual los pintores, de un panorama tan inmenso y tan diverso?

Se dice:

— Las batallas actuales son gigantescas.

En realidad, casi son lo contrario. Si pudiéramos, desde un aeroplano, contemplar la marcha de los ejércitos que tomaron parte en las acciones del Marne, tal cual la describe un técnico militar, creo que nos figuraríamos asistir al movimiento de un inmenso pueblo de hormigas. Los ejércitos, compuestos cada uno de cien mil hombres por lo menos, caminan por rutas separadas. «El del kronprinz—dice nuestro técnico—avanza a través de la Argona; el del príncipe de Wurtemberg, entre el valle del Aisne y Chalons; el de Sajonia, cerca de Reims; el de Bulow viene por Esternay; el de von Kluck lleva la dirección de Meaux y de Coulommiers.» Contra esos ejércitos, los franceses lanzan un número igual de

columnas. Al verlos los alemanes se preparan a la lucha. Es la batalla. ¿Queréis oír el relato que hace de ella nuestro técnico? Armaos entonces de paciencia atenta: «Desde el primer día, 6 de septiembre, la eficacia de nuestra maniobra se revela. Las vanguardias del ejército de von Kluck dan media vuelta y su centro se halla frente a las fuerzas del general Mannoury. Las tropas alemanas que se hallan ante el ejército de Esperey repliéganse hacia el Grand Morin. Este retroceso y esta conversión de dos ejércitos enemigos nos permiten una nueva maniobra. El ejército de French puede dirigirse al Norte, camino del Ourcq, y atacar la izquierda alemana, que desde ese instante hace frente a Mannoury. El ejército de Esperey, a la derecha de French, apoya a los ingleses en una ofensiva vigorosa, y precipita contra el Marne la izquierda de von Kluck y la derecha de Bulow. El 8, el ejército del general Foch pronuncia su ofensiva: mientras su derecha contiene a la Guardia prusiana y a tres cuerpos alemanes al este de Fère Champenoise, su izquierda ataca el flanco enemigo y lo obliga a retroceder, a pasar el Oise y a correr hasta Reims. Simultáneamente, Langle avanza, ocupa Vitry le François y llega al mismo frente que Foch. El ejército de Sarrail, amenazado en Revigny de ser precipitado hacia Verdun, ataca a su derecha, por Clermon en Argonne, y logra mantenerse en sus posiciones hasta conseguir, el 15, la retirada de los cuerpos alemanes que le hacen frente. Entretanto, los ejércitos de Lorena se mantienen en sus plazas, ganando terreno y colaborando a la acción general.»

Ahora leed una página cualquiera de Froissart, de aquellas que comienzan casi siempre con descripciones de caballeros, barones y príncipes, y que acaban con el

relato detallado de las magníficas proezas de cada guerrero...

¿Me objetáis que cuando se trata de una batalla en la cual combaten durante ocho días dos millones de soldados, con millares de cañones, y cuando esos soldados disparan unos contra otros a 2.000 metros, y esos cañones se bombardean a siete kilómetros, no es posible buscar en el inmenso conjunto de la batalla episodios novelescos y pintorescos?

Ya lo sé.

Pero precisamente por eso comienza la guerra actual a aburrirnos: porque no es una lucha de hombres, sino de multitudes; porque no se presta a las hazañas personales; porque en su enorme orden nivelador hace aparecer iguales a todos los que en ella toman parte; porque es una lenta operación estratégica en vez de ser una pelea brillante; porque es un *ensemble* y no una serie de episodios; porque exigiendo de todos el heroísmo pasivo que se necesita para vivir días y días bajo una tempestad de fuego, no permite a nadie las bellas actitudes de antaño; porque es la guerra científica, en fin, y la ciencia es siempre fastidiosa.

La gente sencilla, que no quiere aceptar la idea de que falten «cosas» que contarle para satisfacer su sed de anécdotas sensacionales, culpa a los periódicos y a los periodistas del aburrimiento y de la impaciencia que la atormentan.

—Asistimos a la *fallite* de los corresponsales de campaña— oímos decir a cada instante en París.

La *fallite* es real. Las exigencias de la estrategia moderna han matado el periodismo guerrero. Pero, viéndolo bien, puede asegurarse que es la guerra misma, como espectáculo grandioso y poético, la que ha muerto en

este año de desgracia 1914. Consideremos de nuevo, guiados ya no por un técnico, sino por las crónicas de la prensa en general, la batalla del Marne, de la cual casi todos los detalles son conocidos. «Durante esas jornadas —escribe un oficial alemán— hubo diez veces más muertos que en las dos acciones de Mukden y de Liao Yang reunidas.» Hasta el 15 de septiembre, en efecto, el mundo no había contemplado un combate tan formidable cual éste. Los partes ingleses hablan de veintitrés cuerpos de ejército de cada lado, o sea de un millón de germanos contra un millón de galos. La pelea duró una semana, sin que los cañones dejaran de tronar un solo instante. Rivalizando en bravura, los germanos y los galos, lo mismo que en tiempo de César, sucumbían por montones. Cuando los vencidos emprendieron su retirada, los campos del Oise aparecieron, bajo el sol, rojos de sangre. El mundo entero, lleno de espanto, estremeciéndose ante aquella hecatombe monstruosa.

¿Dónde están, sin embargo, los elementos necesarios para trazar el gran panorama que nuestras imaginaciones exaltadas soñaban?...

Por más esfuerzos que se hacen, la vista humana no logra abarcar el conjunto de la acción. Los que recorren el terreno del combate nos dibujan un largo itinerario de rutas, de aldeas y de ciudades cubiertas de ruinas y de cadáveres, sin lograr producir un efecto de *tableau*. Más que en un campo de batalla, el espectáculo hace pensar en un cataclismo asolador. Las torres de las iglesias, distantes unas de otras 50 kilómetros, yacen desplomadas, marcando los jalones de la tormenta de hierro. Montes enteros han sido devorados por las llamas. Centenares de puentes han desaparecido. De muchos pueblos, no quedan sino los escombros.

Y cuando se interroga a uno de los héroes del drama, se reciben respuestas como la siguiente, que está firmada por un oficial francés:

«Durante toda la batalla no he visto sino cinco alemanes, gracias a mis gemelos.»

Lo horrible de la guerra moderna es eso. Los soldados se matan sin verse. Un hombre cae, sin saber de dónde ha salido la bala que lo hiere. Un hombre tira, y no sabe si su disparo va a perderse en el espacio o si va a segar una existencia. Sorprendidos de pronto por una lluvia de fuego, los regimientos vuelven la vista hacia uno y otro lado, y no descubren sino colinas que los rodean. ¿Cómo defenderse, cómo huir siquiera? Por más que corran los caballos, las granadas corren más, las granadas vuelan, las granadas pasan por encima de las selvas, de las ciudades, de las montañas, para caer siempre, cual el rayo, haciendo hecatombes.

La guerra moderna — dicen los militares — es un duelo de artillería.

Pero la idea de duelo supone la presencia de adversarios.

La guerra moderna, en realidad, es el desencadenamiento de los elementos bárbaramente captados por la ciencia. Esos obuseros alemanes cuyos proyectiles, que pesan dos mil libras, van a estallar a 17 kilómetros, son el símbolo de las batallas actuales. ¿Qué ojo humano puede ver a tal distancia? Es necesario que un cálculo metódico indique el sitio donde debe caer la bomba. Los que la lanzan no oyen ni siquiera su estallido. Los que la reciben, tendrían necesidad de andar tres o cuatro horas a pie para llegar hasta el lugar de donde viene y conocer a sus adversarios.

Pasa, en suma, con la guerra moderna, comparada con

la antigua, lo que con la industria de hogaño puesta en parangón con la de antaño. El ingeniero ha reemplazado al obrero. El esfuerzo individual casi no existe ya. En otro tiempo, el soldado, como el artesano, llevaba a cabo una labor completa con su propia energía o con su propia actividad, y era por sí mismo una máquina entera de trabajo, de la cual salía un objeto ideal acabado. Hoy el ser humano, especializado, no resulta ya sino un detalle casi imponderable en el organismo de acero de una enorme maquinaria. Un ejército de los que combaten en Francia, visto gráficamente, forma una masa férrea que humea, que rueda y que trepida con sus ferrocarriles, sus cañones, su telégrafo, sus automóviles, sus aeroplanos y sus campamentos. Cuando se le ve en movimiento, dijérase que está accionado todo él por el vapor y que sus diferentes miembros se unen a un centro misterioso por medio de gigantescas correas transmisoras. Un engranaje monstruoso permite la unidad del ritmo simultáneo de sus innumerables piezas. Sus regimientos, en vez de llevar nombres poéticos, están numerados. Un color único, el color del hierro, lo hace uniforme de aspecto. Su carácter típico está en la intensidad global. Que ello sea grandioso, ¡quién lo dudal Lo es como una fábrica de Dusseldorf o de Boston.

Mas por mucho que la ingeniería se empeñe en demostrarnos su triunfo haciéndonos admirar sus inmensos productos, muy sólidos, muy durables, muy prácticos, siempre encontraremos mayor belleza en cualquier reliquia salida de un telar a mano de la antigua Génova.

¿Cómo negar sin injusticia que hay en nuestro tiempo gente que sabe morir cual Bayardo? A cada paso encontramos en los periódicos cartas de soldados que demuestran la tranquila bravura de los oficiales al sucumbir.

Algunos ni siquiera permiten a sus hombres que los auxilien, al caer heridos, para no exponerlos a correr la misma suerte que ellos. Pero el ruido de la batalla es tan grande, la masa del ejército es tan formidable, que ni las bellas actitudes personales se ven, ni las nobles frases se oyen. Morir a lo Bayardo no es sólo morir heroicamente. Es, sobre todo, morir en belleza, en un campo despejado, entre compañeros que aprecian cada gesto, ante un adversario que saborea de manera artística cada detalle, junto a un bosque que la metralla no ha incendiado. «El caballero sin miedo y sin tacha — dice la crónica del *Leal Servidor* — sintióse herido de toda su alma, y cuando le faltaban ya las fuerzas para sostenerse en el caballo, mandó que le arrimaran a un árbol, dando siempre el rostro al enemigo. Y así lo halló el duque de Borbón, jefe de la vanguardia española, y como le mostrara compasión y llorara al verlo desangrado y agonizante, «no me compadezcáis — replicóle a media voz el >arrojado guerrero—; muero con la tranquilidad del hombre que cumple su deber». Y levantando con trémula mano su espada, besó la cruz del pomo y espiró. El duque de Pescara mandó tributar a sus restos los mismos honores que a los reyes y príncipes.» Ahora bien: ¿creéis que sería posible en la guerra actual una escena parecida? Los generales mueren como los soldados, heroicos y anónimos, sin que nadie tenga tiempo para detenerse a orar ante sus cadáveres, sin que nadie contemple sus últimos gestos de sacrificio sublime, sin que nadie oiga sus últimas palabras. La urgencia de ir de prisa, de no perder un minuto, de vivir en la fiebre del sabio engranaje, no deja espacio ni para llorar. Cuando el general De Castelnau recibió la noticia de que su hijo mayor acababa de sucumbir peleando, hallábase rodeado de su

Estado Mayor y dictaba una orden telegráfica. Todos sintiéronse ante aquel bravo anciano llenos de emoción, y palidieron. Sólo el general, tranquilo, dijo: «Continuemos nuestro trabajo, señores, que urge.»

La prisa dentro de la masa, he ahí la gran fatalidad estética de la guerra moderna. Los soldados no tienen tiempo de dormir ni de comer. Yo he contemplado en los campamentos de prisioneros un espectáculo que me ha desconcertado tanto como me ha entristecido. Silenciosos, lívidos, desorbitados, los guerreros germánicos parecen no darse cuenta ni de lo que les sucede ni de lo que han visto. Ninguno de ellos tiene una visión neta de las grandes acciones en las cuales ha tomado parte. Amnésicos y desfallecientes, dijérase que salen de una pesadilla que no les deja sino un recuerdo vago de cataclismos inexplicables. Algunos, queriendo animarse, sonríen, y en la palidez espectral de sus rostros esa sonrisa se entreabre cual una mueca macabra.

—¿En dónde estuvisteis?— les he preguntado a todos.

Pocos son los que han podido decírmelo. Amontonados en trenes rápidos, lo mismo que los cañones y las balas, han ido de un pueblo a otro, han pasado las fronteras, han sido enterrados en trincheras, han tirado, luego han vuelto a amontonarse para avanzar o para huir, sin saber si vencían o eran vencidos. Peones de un inmenso tablero, una mano invisible los mueve como objetos inanimados, sirviéndose de ellos lo mismo que de cualquier otro elemento automático.

— Tenemos un fusil — decían antaño con orgullo los infantes.

Hoy es el fusil el que tiene un hombre.

Los prisioneros que pueden contar alguna anécdota o algún episodio brillante son muy raros. Fuera de las in-

significantes acciones de las vanguardias y de las patruillas de caballería, todas las fuerzas se suman en una masa compacta. Hasta cuando caen en poder del enemigo es en grupos considerables envueltos por cordones que los encierran y les hacen imposible todo movimiento de retirada.

El más ilustre estratega alemán de nuestra época, el general von Bernhardi, dice, hablando de los ejércitos modernos: «En tales condiciones, la dirección de la guerra no puede ya llamarse un arte. Es una ciencia, y el general en jefe un ingeniero cuya principal ocupación consiste en poner en movimiento el mecanismo de las fuerzas en campaña con las redes de ferrocarriles y de rutas, aceitando bien la rueda dentada y cuidando de proveer de combustible al conjunto, en forma de hombres, municiones y víveres.»

Ya lo veis: el hombre no resulta ya sino un combustible, algo que se echa con una pala en la hoguera y que debe consumirse.

«El triunfo — agrega el mismo escritor — será de aquel que mejor pueda soportar las pérdidas.»

Y más adelante dice: «En primer lugar se siente uno sorprendido de ver que la guerra, siempre variada, tiene que someterse, por sus condiciones modernas, a adquirir un aspecto uniforme, estrictamente arreglado de antemano.»

Los boletines del Estado Mayor francés nos hacen ver que von Bernhardi no se equivoca. La guerra brillante, la guerra llena de agitación, la guerra de guerreros, en una palabra, ha desaparecido en Europa para ceder su plaza a la guerra mecánica, científica, monótona, en la cual el hombre se pierde en espacios inmensos o se funde en la masa enorme.

¿Cómo harán los historiadores para referirnos más tarde las grandes batallas de Charleroi, del Marne, de l'Aisne? Esta interrogación acudía a mis labios ayer, cuando el ex ministro M. Hanoteaux hacíame ver las primeras cuartillas de su *Histoire* futura.

— Hasta ahora — me dijo — no he tenido que ocuparme sino de la parte diplomática del conflicto.

— ¿Y después? — estuve a punto de preguntarle.

Pero temí que no comprendiera que mi gran temor es puramente artístico, y me callé.

Después... ¡Quién sabel... Tal vez un hombre de genio, reuniendo todos los documentos que hoy nos parecen inexpresivos, logre dar un soplo de humanidad a lo que sólo es, en apariencia al menos, una operación trágica de matemáticas. Con las trepidaciones de una locomotora, Emilio Zola hizo un poema. Pero lo que nadie logrará es ofrecernos páginas como aquellas en que el viejo Froissart nos cuenta las aventuras de Crecy o de Poitiers...

La movilización de los ánimos.

25 de junio de 1914.

Por primera vez, desde hace veinte años, los franceses hablan seriamente de guerra, de guerra europea, de guerra contra Alemania, que es aquí la única guerra posible. Y ya no son las fanfarronadas nacionalistas de otros días ni las tímidas objeciones burguesas de otros tiempos. El cielo aparece tempestuoso. ¿Qué puede el hombre contra el cielo? Con una calma perfecta, sin pensar en que un conflicto ha de acarrear por fuerza la ruina de Europa entera, la gente se prepara.

A la movilización de las tropas en Austria, corresponde en Francia y en Alemania una movilización de los ánimos. Pero lo extraño, lo singular, lo hermoso, es que mientras los cincuenta millones de austriacos que a propósito de cualquier incidente balcánico hacen sonar sus sables, que tienen como industria nacional el militarismo y como principal artículo de exportación la amenaza, no son los que con más serenidad se preparan para las contingencias probables de la hora grave que suena del lado del Danubio.

Nó. Los austro-húngaros que no son militares profesionales, no quieren la guerra. Batirse porque Servia no tenga un puerto en el Adriático o porque un bajá cualquiera amenace la independencia de Albania, parece a

los hombres serios de Viena y de Budapest, una locura inaceptable.

Y, sin duda, es una locura. Es más, puesto que es un crimen contra la Humanidad. Precipitar a los cinco millones de soldados de la Triple Alianza contra los cinco millones de la Triple «Entente»; convertir en campos de ruina los maravillosos pueblos industriales del Occidente en los instantes en que tan cerca parecían estar de la cordialidad internacional; correr hacia la más formidable de las luchas que jamás ha visto el mundo y hundir a las seis mayores naciones de Europa en la ruina, en el duelo, en las lágrimas; sacrificar quinientas mil existencias humanas y perder en un día lo que medio siglo de progreso ha creado; hacer, en una palabra, lo que los bárbaros mismos no se atreverían nunca a intentar, y eso sin motivo, casi sin pretexto, es, sin duda, la más terrible lección que el instinto feroz del hombre puede dar a los que creemos, insensatos, que la civilización no es una palabra vana. Pero, en fin, la realidad es la realidad. Austria no oculta ya sus preparativos y Rusia no esconde sus intenciones. Se trata, según parece, de una lucha de influencias políticas o, como dicen los diplomáticos, de «influencias sagradas» en Oriente. Por estas vagas influencias, el Occidente puede, de un día a otro, oír la voz, poco agradable de cerca, de los cañones.

— «¿Hay nada más absurdo?» — pregunta Jaurés.

Y franceses y alemanes contestan:

— «Nada.»

Pero la verdad es que mientras los periódicos de Viena confiesan que la sola posibilidad de una guerra ha determinado ya una corriente de emigración en masas, los diarios de París hacen ver la tranquilidad enérgica con que Francia afronta la perspectiva fatal.

El incidente de Arracourt es un signo que tiene, en su pequeñez, una significación enorme. Hace pocos meses, un empleado de Telégrafos de una ciudad de la Lorena recibió un despacho cifrado para comunicar a la gendarmería local la orden de llamar a los reservistas de la circunscripción perteneciente a la «clase» de cierto año, con objeto de cumplir un período de ejercicios militares. El despacho llegó a las doce de la noche y fué mal interpretado. El sargento de los gendarmes hizo tocar el tambor de las grandes movilizaciones. Al día siguiente todos los reservistas de siete aldeas presentáronse en Nancy, creyendo que se trataba de ir a la guerra. Y los corresponsales de periódicos dicen que no hubo ni un solo hombre que se mostrara reacio, ni uno solo que aprovechara las veinticuatro horas que la ley concede en tales casos. Con un ardor tranquilo, todos se encaminaron hacia la frontera, sin preguntarse siquiera si era inicuo abandonar a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres, para ir a ventilar a tiros un problema balcánico.

Ahora bien: yo, que vivo aquí desde hace veinte años; yo que asistí a la emoción de los días de Fashoda; yo, que he visto a este pueblo en las recientes fases de su evolución, estoy seguro de que lo que pasó en Arracourt es lo mismo que pasará en todo el país cuando los tambores llamen realmente a los hombres capaces de llevar un fusil para ir a la lucha suprema.

Una Francia nueva existe, una Francia que el mundo no conoce aún, y que es una gran Francia y que no se parece a las grandes Francias de otros tiempos: la gran Francia, grave, enérgica, fuerte y tranquila, que se siente preparada para las más peligrosas empresas y que ve con calma la posibilidad de una guerra futura.

Esta Francia es la que Max Nordau desea que los alemanes conozcan en lo que vale, siquiera sea para no tener una sorpresa desagradable al encontrarse frente a ella el día del futuro conflicto.

Explicando la evolución de la energía francesa, el filósofo germano escribe:

«Pasaron los años, y el alma francesa volvió a recuperar su energía. La generación que había sido testigo, actora o víctima en el cataclismo, se sumergió lentamente en la ola, sin cesar renovada, de la vida. Ascendía una juventud que no había visto con sus propios ojos las desgracias de la patria y que no las había sufrido directamente. Ante el crecimiento de los hijos, llenos de vigor y de la alegría de vivir, en quienes visiblemente hervía toda la desbordante energía hereditaria de la raza, los padres, con una suerte de pudor muy delicada, callaban y guardaban en sí mismos sus tristezas y sus angustias, para no marchitar con una escarcha aquella florescencia que sólo deseaba dilatarse bajo la luz del sol. Era la época en que parecía ponerse empeño en seguir el famoso consejo de Gambetta: «Pensemos siempre en ello; pero no hablemos de eso jamás.» Yo no sé si se pensaba «en ello»; pero, sin duda, no se hablaba «de eso», a tal punto, que algunos patriotas se contristaban y le reprochaban duramente a la Francia la facilidad de su olvido. Esta época duró de quince a veinte años. Y he aquí que comienza un nuevo período. Los cuarenta años que parecen ser la duración natural de la persistencia de las emociones populares han transcurrido, y, en efecto, advertimos que empiezan a revelarse sentimientos nuevos en el alma francesa. Ya no quedan rastros de la profunda postración en que las catástrofes de 1870 dejaron a la nación. No queda siquiera la me-

nor depresión, que acompaña habitualmente la convalecencia de los estados melancólicos. La Francia se siente llena de savia, robusta y alegre. Tiene el optimismo de los pueblos sanos. Tiene una confianza vigorosa en sí misma y en sus destinos, y ya no se acuerda siquiera de que temió llegar a no tenerlos. Se ha olvidado por completo de sonrojarse, de agachar la cabeza y de estremerse al recuerdo de 1870. Esta fecha no significa ya una vergüenza, una humillación y un empequeñecimiento. Marca un simple revés accidental ocurrido después de los triunfos inmemorables de las armas francesas, y que no puede empañar el esplendor de su gloria.»

La prueba más evidente de que Max Nordau no se equivoca al hablar así, es el éxito que tiene actualmente el libro del coronel Boucher, titulado: *La Francia victoriosa mañana*.

Con una precisión que todos los especialistas en asuntos militares reconocen, este oficial estudia las condiciones en que hoy se encuentran los ejércitos de Europa, y después de un largo análisis, hecho sin pasión, concluye asegurando que, entre Alemania y Francia, la victoria, a la larga, tendrá por fuerza que pertenecer a Francia.

¿Me decís que asegurar esto es por lo menos tan arriesgado como asegurar lo contrario?

Cierto.

Lo que la guerra ha de ser, sólo Dios lo sabe ahora. Nosotros lo sabremos mañana o pasado. Porque la guerra puede muy bien no estallar esta semana ni la semana próxima. El problema de Oriente puede resolverse sin que el incendio general estalle. La calma aparente puede volver a reinar durante un mes o durante un año. Pero, dado el modo de ser de la política actual, es se-

guro que antes de un lustro la lucha será una realidad. Y cuando llegue el momento trágico, nadie gritará aquí, como en 1870, «¡A Berlín! ¡A Berlín!»; nadie hablará con desdén de los adversarios a quienes es preciso combatir; nadie tomará actitudes de matamoros. Mas todos, desde el banquero convencido de que tiene mucho que perder, hasta el proletario que no posee sino su pellejo, todos, todos, irán hacia los campos de batalla, seguros de sí mismos y seguros de la victoria. Una admirable confianza reina, en efecto, en el país. La conciencia de que hay necesidad de salir del actual estado de inquietud internacional, ha hecho germinar en el alma del pueblo la idea de la guerra indispensable. La labor de los Gobiernos, en estrecha comunión de ideales con el pueblo, ha creado la confianza. La gente sabe que hoy no sucederá lo mismo que hace cuarenta años, y que ni habrá intrigas de corte que priven a los generales competentes del mando que les corresponde para dárselo a los favoritos de una soberana, ni faltarán los medios materiales para pelear, ni se entregarán a los hombres armas inútiles.

En plena paz, deseando la paz, trabajando por la paz, el país se ha armado como un guerrero que fuera al mismo tiempo un sabio. De los desastres pasados, en vez de extraer teorías de desaliento, los directores de la política democrática han destilado lecciones para el porvenir. Los triunfos griegos y servios, en fin, son ahora para los cañones y para la táctica de esta gente un experimento decisivo.

El mundo, que tiene la costumbre de considerar al vencido un día como el vencido de siempre y al vencedor en una batalla como el vencedor de las batallas futuras, verá con asombro lo que una democracia pa-

triotista e inteligente puede hacer para preparar, no lo que es material de guerra, sino lo que es más importante: el alma del guerrero.

En realidad, ningún esfuerzo es necesario, ni en Francia ni fuera de Francia, para esta preparación. Desde el día en que el *Phanter* echó anclas frente a Agadir, Europa se dió cuenta de que, más o menos tarde, la guerra sería inevitable. Y en honor de la verdad y de la justicia, hay que decir que ni un solo instante esta convicción causó en el alma de la nación francesa el más ligero movimiento de angustia.

La lucha es, para los nuevos filósofos, una necesidad imperiosa de los pueblos que quieren vivir una vida intensa. Las bellas ideas pacifistas, que durante veinte años hicieron creer a los intelectuales de todo el mundo que la era de las violencias había terminado y que las rivalidades no tendrían en adelante más campo de solución que el Palacio de La Haya, se han desvanecido poco a poco ante las rudas enseñanzas de la experiencia.

Hace apenas dos lustros, la musa universal podía cantar:

Dans les villages gais de l'espoir des récoltes
les vieillards célébraient les bienfaits de la paix,
et, le soir, sur les cours aux platanes épais,
faisaient chanter le peuple ignorant les révoltes.

Mas, ¡ay!, ahora la misma musa agrega, llena de tristeza:

Je ne sais plus le nom de ce trop bean pays.

Nadie, en efecto, nadie en Francia, nadie en Alemania, nadie en ningún país del Universo, sabe ya el nom-

bre de aquel bello país utópico. Los mismos filósofos humanitaristas que, en su juventud, bendecían la paz, glorifican ahora la guerra. ¡Quién se lo hubiera dicho al viejo Moltke, allá, en la época relativamente lejana en que Europa entera le llamó bárbaro sólo por haber asegurado que los pueblos tenían necesidad de no adormecerse en un ensueño de perpetuo bienestar!

«La guerra — escribe Wyatt — tiene, entre otras muchas ventajas, dos muy notables, que son: la primera, de despertar, y a veces, hasta de resucitar las energías de un pueblo, de sacarlo de la molicié y del egoísmo y de aumentar sus más nobles sentimientos, sus pasiones más fuertes, de tonificarlo, en fin. La segunda ventaja consiste en hacer ver de qué manera tan equitativa Dios recompensa a las naciones que se muestran disciplinadas, enérgicas y capaces de sacrificio. El prestigio y el poderío, en efecto, no deben pertenecer sino a los pueblos que lo merecen, y esto en beneficio de la civilización. Porque un pueblo que llega a perder las virtudes guerreras que constituyeron su grandeza en el pasado, no tiene derecho a conservar un renombre que ya no merece. La guerra, en suma, es un gendarme de Dios, que viene de vez en cuando a pasar revista de naciones y a someter a los hombres a una saludable inspección.»

Estas palabras, que a fines del siglo pasado habrían parecido monstruosas a los lectores de Zola y de Tolstói, son hoy la expresión del criterio europeo. Hasta los más pacifistas en principio aceptan la necesidad de la idea de guerra en momentos graves. Y no sé si con razón o sin ella, el Universo entero cree que el momento grave puede muy bien no estar lejos. No hay más que oír los discursos de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de Austria, de Italia, para darse cuenta de ello. El espí-

ritu público no vacila ya, como parecía vacilar en otras épocas. A pesar de la educación pacifista natural en las grandes democracias, un resorte misterioso mueve a los países.

«Aun los antimilitaristas — dijo Clemenceau en su último discurso — vendrían a pedir un fusil si estallara una guerra.»

Y, a fe mía, yo creo que esta vez el gran tribuno no se equivoca. En Francia como en Alemania, en Austria como en Italia, en Inglaterra como en Rusia, un soplo bélico anima las almas. Hay un gran cansancio de la paz. Hay una necesidad enfermiza de probar las fuerzas. Todo el mundo pide un fusil.

¿Por qué?

Nadie puede decirlo a punto fijo.

En otras circunstancias, las relaciones entre pueblos han sido más tirantes, y la guerra, empero, ha parecido menos probable. Hoy basta que un general austriaco pronuncie dos palabras para que los rusos se sientan llenos de ardor marcial. En cuanto a Alemania y Francia, ya lo veis, apenas han ratificado el pacto que en el espíritu de la diplomacia debía poner fin a sus diferencias coloniales, y la llama de la discordia parece de nuevo encendida entre ellas y amenaza incendiar a Europa.

¡Pobre Víctor Hugo, que decía: «En el siglo xx morirá el cañón y triunfará la idea!»

El cañón, en el siglo xx, es el único ídolo sagrado...

¡La guerra, la guerra!

4 de agosto.

Los extranjeros que abandonan las ciudades veraniegas de Normandía, y que pasan por París con rumbo a sus países respectivos, deben preguntarse, al ver la animación del Bulevar, cuál es la fiesta que aquí se celebra en estos días. Porque, realmente, desde la época, ya lejana, de la última feria internacional, nunca habíamos visto, sobre todo en pleno verano, tanta alegría, tanto regocijo, tanto entusiasmo. Uno de los españoles más parisienses, el Sr. Quiñones de León, hacíamelo notar esta mañana, diciéndome, con una frase pintoresca, que hasta los cocheros, tan malhumorados de ordinario, sonríen ahora. Y no puede pretenderse, sin embargo, que esta actitud responda a una consigna de la prensa o del Gobierno. De todos los franceses, los únicos que han adoptado una actitud grave y enigmática son los periodistas y los ministros. No hay un solo periódico, en efecto, ni aun entre los que representan las ideas de la Liga de Patriotas, que se divierta en imitar las fanfarroñas amenazas de la *National Zeitung* que está ya repartiéndolo los treinta mil millones de la futura indemnización que Alemania ha de cobrar. No. Nadie grita. Nadie clama «¡A Berlín! ¡A Berlín!». Con calma llena de discreta elegancia, los más *chavvins* se contentan con hacer ver, en artículos muy ponderados, que la hora es trágica y que hay que aceptarla con la mayor gravedad. Pero esto

de la gravedad me parece que el pueblo no lo toma al pie de la letra. Con su fondo mosquetero y cyranesco, los franceses saben siempre, en los instantes supremos de peligro, ponerle una flor a su fusil y una pluma a su sombrero. Y el espectáculo de este optimismo, de esta gracia parlera, de este buen humor resignado, confieso que a mí me emociona profundamente.

Me acuerdo de que hace años, viendo pasar a un grupo de amigos de Deroulède ante la estatua de Strasburgo y oyendo los cantos guerreros que todos entonaban, pensé que si un día la guerra llegaba a estallar, todo aquel ardor bélico se cambiaría en inquietud. Pero he aquí que la hora trágica ha sonado. He aquí al país entero preparándose para acudir a la frontera. He aquí al enemigo con el arma en las manos. Y París, todo París, canta, como aquel grupo, y en vez de detenerse para meditar en los peligros de mañana, acelera, gallardo, el paso marcial.

Sí, no hay duda; la Francia de los arrebatos generosos; la Francia dispuesta a las luchas épicas; la gran Francia de Francisco I, de Luis XIV, de Bonaparte, es siempre la misma. A su derredor, según parece, los pueblos cambian. Italia, cautelosa, medita antes de tomar sus determinaciones. Inglaterra calcula lo que puede salir ganando o perdiendo. La misma Alemania, tan segura de su fuerza, consulta a sus banqueros. Sólo la República francesa parece no preocuparse de lo que ha de pasar dentro de unas cuantas semanas. ¿Que el enemigo del Este es mayor en número y que posee, además, la ventaja de un triunfo pasado?... No importa. Con tener la conciencia de que no han sido ellos quienes han promovido el conflicto, les basta a los buenos parisienses para estar tranquilos.